

“El P. Félix cuenta por las noches en Nuestra Señora de cinco á seis mil oyentes agrupados en torno de su púlpito, y este auditorio escogido comprende individuos del instituto, magistrados, funcionarios, sábios, profesores, literatos y alumnos de las facultades de derecho y de medicina.

“En San Roque atrae á los indiferentes, al mismo tiempo que á los fieles, un dominico de ardiente elocuencia, el P. Minjard. Muchos entran por curiosidad, salen vacilando, vuelven turbados, escuchan, reflexionan y se alejan creyendo.

“Tambien un dominico en la Magdalena llena las vastas naves con su voz vibrante y persuasiva; es el P. Montsabre, uno de los discípulos mas jóvenes y famosos del P. Lacordaire, y cuyo género de elocuencia se acerca mas al de su maestro, en cuanto puede el talento acercarse al génio. El P. Montsabre posee el fuego, la brillantez, las imágenes que cautivan, las ideas imprevistas que sorprenden y los rasgos que penetran, y por lo tanto ejerce una poderosa influencia en su auditorio, que se compone de dignatarios del Estado, de rentistas, de comerciantes, y de la parte mas brillante y adorada de la aristocracia.

“En Santa Clotilde, en Santo Tomás de Aquino, en San Sulpicio, en San Eustaquio, en San Merry, en San Lorenzo, en San Agustin, en la Trinidad, en Nuestra Señora de las Victorias, en San Vicente de Paul, en San Luis, en San Andrés, en San Pablo, en las cuarenta ó cincuenta parroquias, en los centenares de capillas, en todas partes se ve un auditorio solícito en torno de un franciscano, de un carmelita descalzo, de un jesuita, de un sacerdote desconocido que anuncia la palabra divina y recuerda á los intereses ávidos y á las ambiciones terrenales, que hay verdades de un orden superior imperecedero de que no se ocupa bastante el hombre en el torbellino del placer ó de los negocios.

“En las Tullerías predica la cuaresma M. Deguerry, párroco de la Magdalena y confesor de la emperatriz.

“Toda la corte asiste y se sienta silenciosamente detras de los sillones imperiales, el orador de cana cabellera, se alza contra el desbordamiento del lujo, contra la impudencia de las costumbres, contra los excesos de las fiestas mundanas que superan en realidad en nuestros dias á todo lo mas estravagante y osado que se ha visto en los pasados siglos.

“M. Deguerry ha censurado enérgicamente todos esos escándalos que desmoralizan el espíritu y debilitan hasta la base de las sociedades.

“Segun parece, ha producido honda impresion, y el emperador le ha felicitado mas de una vez por su elocuencia.

“Puede decirse que todo Paris pasa el Viernes Santo en la adoracion de la Cruz. Personas que no van en todo el año á la iglesia entran en este dia, se arrodillan, escuchan el relato de la Pasion y besan la imagen del Divino Crucificado.

“Hé aqui rápida y sencillamente bosquejado el espectáculo que presenta Paris en la Semana Santa, espectáculo tierno, consolador y lleno de promesas para lo porvenir.”

(La Sociedad.)

## ¿QUÉ DEBEMOS ESPERAR

DE LA

### Introduccion del protestantismo en la nacion mexicana?

La introduccion y tolerancia de toda clase de sectarios, hé ahí lo que se proclama por muchos como el gran principio de la regeneracion y engrandecimiento de nuestra patria. Al ver que se desconoce la benéfica influencia que la Religion verdadera ha ejercido constantemente en las sociedades, donde quiera que ha logrado difundir su celestial doctrina y los bienes inmensos que sin cesar ha impartido al humano linaje, al ver que se desprecia y tiene en nada la unidad católica que felizmente hemos conservado por mas de tres siglos, al ver por último que se le juzga como una rémora para el adelanto de los pueblos, y nociva á su bienestar y prosperidad, y que por tanto se ha decretado romperla y sustituirla con el monstruoso hacinamiento de las ridiculas sectas que engendrara el protestantismo, nuestro espíritu se contrista y se llena de acerbo desconsuelo, considerando que de esta suerte se le arrebatara á nuestra nacion el mayor bien que poseyera, se le priva del único principio de verdadera civilizacion y cultura y se trata de introducir en su mismo seno el mortífero veneno del protestantismo, que no podrá menos que causarnos las mas deplorables calamidades y desastres.

Nada en verdad mas favorable á los extravíos de la inteligencia y á la corrupcion de las costumbres que el protestantismo, nada que mas degrade y envilezca al hombre como ese conjunto de errores que surgen constantemente de su seno. Funesto en su mismo origen y debiendo su existencia y acre-

centamiento al mas indomable orgullo y al desenfreno mas completo de las pasiones, lleva en su frente desde su principio un sello de execracion y de ignominia, vano es que haya pretendido muchas veces disfrazarse con mentidos nombres y parodiar en algunas cosas al catolicismo, la fealdad de sus errores y los males sin número que por do quiera ha producido, manifiestan palpablemente no ser en sí mismo sino un germen de corrupcion y de muerte, que apagando en el hombre la antorcha brillante de la fé, y sustituyendo á la autoridad divina el juicio privado de cada uno, precisamente acerca de aquellas verdades que superan del todo á la débil razon del hombre por ser del orden sobrenatural, abre el mas anchuroso campo que pudiera concebirse para los delirios y extravagancias todas del entendimiento humano, abandonado á sí mismo é impulsado por el violento torbellino de la presuncion y del orgullo; conmueve y trastorna las sociedades desde sus cimientos, y envilece y degrada á los infelices pueblos donde logra introducirse.

Dirigid la vista hácia la época de su aparicion, contempladle en su mismo nacimiento, seguidle en su propagacion y desarrollo, y nada encontrareis en él *exclusivamente suyo* que sea verdaderamente grande y respetable, ninguna belleza, ninguna sublimidad, nada que comunique al corazon generosos sentimientos, nada que excite en el espíritu elevados pensamientos. Hijo de la corrupcion y de la altivez se arrastra por el cieno inmundo, se complace en los mayores delirios y en los crímenes mas horrendos, no excluyendo medio alguno por inmoral é inhumano que aparezca, para llevar adelante sus detestables doctrinas, extenderse y difundirse; siendo á la vez que encarnizado enemigo del catolicismo, repertorio y fuente de todos los errores y patrono nato de las pasiones y de los mas infames desórdenes; siempre cobijando los intereses mas bastardos, siempre conculcando toda clase de autoridad, socavando siempre los cimientos de la sociedad y destruyendo constantemente los mas estrechos vinculos de la unidad; ofuscando las inteligencias con las espesas tinieblas del error, sembrando por todas partes la duda é incertidumbre acerca de las verdades reveladas, precipitando á los hombres en la incredulidad, la indiferencia y el ateismo, trastornando y destruyendo todo orden social y religioso, dejando á los hombres sin guía, sin magisterio alguno que les muestre con entera certidumbre las eternas verdades de la fé y las indefectibles leyes de la moral para el arreglo de sus costumbres, y para ponerlos á cubierto de los perpetuos vaivenes del espíritu humano; y para ponerlos á cubierto de los perpetuos vaivenes del espíritu humano; y materializando por último su corazon, presenta el mas triste y desgarrador espectáculo que afligir pudiera al humano linaje.

Duélese en verdad el alma con desmesurada pena al contemplar cual se esfuerzan algunos por introducir cuanto antes en nuestra infortunada patria copioso número de toda clase de sectarios, sin que se les dé nada por la diversidad de creencias que profesen, teniendo en cero los intereses sagrados de la verdadera Religion, atendiendo solo á lo material, y creyendo que México únicamente podrá ser feliz cuando cuente en su seno con una abundante poblacion heterodoxa. Entonces, segun ellos, progresarán las ciencias y las artes, se activará el comercio, las vias férreas atravesarán nuestro vasto territorio, se explotará la grande riqueza de nuestras minas, el suelo mexi-

cano con su feracidad exorbitante producirá con asombrosa profusion exquisitos frutos, merced á los trabajos de los nuevos pobladores, y las fábricas colocadas por todas partes en tantos y tan amenos sitios, nos proveerán sobreabundantemente de magníficos artefactos. Desiertos inmensos, extensas llanuras sin cultivo en la actualidad por falta de brazos, una vez realizada la venida de los sectarios, serán á no dudarlo, manantial fecundo de riqueza incalculable, mientras que las mismas colonias vendrán á ser el mas firme apoyo que pudiera apetecerse para la tranquilidad y la paz tan indispensables para el adelanto y cultura de nuestra patria. La actividad y la industria sucederán á la apatía y desidia en que nos encontramos; trasformándose en una palabra, la nacion, en otra, rica, vigorosa, opulenta y civilizada. ¡Tantos bienes descubren en la colonizacion franca, amplia, sin trabas de ninguna especie que puedan estorbar la venida de los disidentes; pues que parar la atencion en la diversidad de religiones, y no querer la introduccion de falsos cultos en el Imperio mexicano, es fanatismo insoportable y carecer absolutamente de civilizacion, ignorando la marcha que han seguido los pueblos para llegar al grado de ilustracion y progreso en que se encuentran. Por esto fijan con entusiasmo en ese porvenir su vivida mirada, por eso lo aguardan impacientes y no pueden sufrir que se aplace por mas tiempo su realizacion, único ensueño de su acalorada fantasía y objeto único de su mas ferviente anhelo. Menguados los que no descubren como ellos ese apogeo de gloria y de grandeza, en el cual solamente tendrán su mas cumplido lleno todas las exigencias nacionales.

Hé aquí lo que se dice, ved ahí las especies que se propalan. ¿Y bien, ¿puede acaso el protestantismo, proporcionar á nuestra patria la verdadera civilizacion y bienestar? Nada menos: antes por el contrario, como ya lo hemos dicho, una vez introducido en nuestro suelo producirá entre nosotros los mas funestos resultados.

Porque en efecto, ¿bajo qué punto de vista dejará de perjudicarnos? En el orden religioso, en el moral, en el político, en el social y doméstico, y aun en el terreno mismo de las ciencias, de la literatura y de las bellas artes, nada habrá que no acometa, nada que no profane; en todo se hará sentir su maléfica influencia; y cual soplo salido del abismo, atacando la Religion, corrompiendo la moral, trastornando el orden social y político, perturbando y viciando el mismo estado doméstico, y sin viendo de obstáculo á los adelantos en los distintos ramos de nuestros conocimientos, lejos de hacer florecer á nuestra patria con una rica y variada civilizacion, no hará otra cosa sino causarnos males de incalculable gravedad y trascendencia.

Por cierto que no se requiere mucha penetracion para conocer desde luego el sumo perjuicio que ocasionaria el protestantismo en el orden religioso. Abandonado el individuo á su propia razon, y con Biblia sin notas ni comentarios, creyendo erradamente que se basta á sí mismo para entender las Sagradas Escrituras y que para nada necesita ni la tradicion, ni magisterio alguno que le declare la inteligencia de la palabra divina, sino que lo que á él pareciere eso y nada mas es lo que Dios ha revelado, ¿quién puede concebir el espantoso caos de errores que cada cual abrazará en lugar de la Re-

ligion verdadera, y sin reconocer siquiera el derecho de que se le amoneste y la obligacion en que está de escuchar la enseñanza de la Iglesia católica, porque segun sus principios puede vagar á merced de sus sueños y delirios? "Derribemos, decia Lutero, todo ese viejo armazon de la antigua ortodoxia, de las escuelas de teologia, de la autoridad de los padres, de los concilios, de los papas, del consentimiento de los siglos, y no admitamos mas que la Escritura santa, *pero bajo la condicion de que tendremos derecho de entenderla del modo que la hubiéremos interpretado.*" Vano será por consiguiente esperar que de tan disolvente principio resulte nada compacto, nada subsistente. Hoy se admitirán tales doctrinas, y mañana se modificarán ó se desecharán completamente, sustituyendo en su lugar otras enteramente opuestas, y de esta manera la religion no vendrá á ser otra cosa sino un informe conjunto de toda clase de errores. Bien puede el hombre, segun tan pernicioso principio, forjarse á su agrado su religion, recorrer con impetuoso frenesí las faces todas del error, desechar los mas augustos dogmas, y en las verdades todas de la fé, despreciar abiertamente las decisiones de la Iglesia, y permanecer únicamente adherido á su modo de pensar; no dejará por esto de ser protestante. "Decidan los sínodos y las congregaciones como mejor les plazca; decia Calvino, si no eres de su opinion, mantente en la tuya, y no dejarás por esto de ser un verdadero hijo de la iglesia reformada." ¿Y no es esto establecer como primer principio en religion el orgullo humano, y arrojar al individuo y á la sociedad en el mas espantoso abismo?

Preciso es desengañarse: establecer en Religion el principio del espíritu privado, no es otra cosa sino proclamar su total destruccion y querer remplazarla con toda clase de errores. Esto es lo que desde un principio aseguraron terminantemente á los protestantes los católicos." Si una vez se llega á consentir decia en aquel tiempo un insigne escritor, que cada uno segun su arbitrio interprete los libros sagrados, horror causa decir cuán grande peligro corra por esto la Religion. Una vez admitido que el hombre interprete á su voluntad un lugar de las Sagradas Escrituras, lo mismo vendrá á suceder con cualesquiera otros, hasta que al fin toda ella, como por costumbre sea tratada humanamente. Y siendo licito exponerla segun el ingenio y el arbitrio de cada uno, nada quedará firme y seguro; y en lo sucesivo habrá forzosamente tan solo un lupanar de errores donde antes se hallaba el sagrario de la verdad pura é incorrupta."

Triste verdad que sobreabundantemente ha demostrado la lógica irresistible de los hechos. En efecto, desde el nacimiento del protestantismo hasta el presente, han aparecido en la escena los mas insulsos y repugnantes errores tan inconstantes en su efímera existencia cual las agitadas olas del revuelto océano. Siempre variar y mas variar, sin que jamas hayan logrado los mismos corifeos de tan infame secta fijar siquiera su incierta planta en los mismos errores que para mengua de la razon y aun del mismo sentido comun llegaran á propalar. Hoy hacen una profesion de fé y luego muy en breve la modifican, la cambian, la reforman. Ni solo esto, sino que las numerosas y variadas profesiones de fé que hicieran los sectarios, se oponen y

se condenan las unas á las otras en muchos de sus artículos; y no obstante se atreven á presentarlas reunidas "como un cuerpo entero de Sagrada Teología, y como registros y reglas auténticas, á las cuales segun ellos, se debe recurrir para conocer y discernir la fé primitiva, la fé de la antigüedad!" ¡A tales aberraciones conduce el funesto principio del espíritu privado, el espíritu de rebelion contra la verdadera Iglesia! Pudiéndose decir muy bien sin exageracion, con un ilustre sábio: "Que han hecho juego y como asunto de burla del nombre de confesion de fé, sin que haya habido cosa alguna menos seria ni menos verdadera en la nueva reforma, que lo que debia ser y es mas serio y del mayor momento en religion."

Lutero, el fogoso reformador, á cuya presencia temblaban sus discípulos sin atreverse á contradecirle; este hombre cuyo altanero carácter llevado hasta el extremo, no sufria la menor oposicion sin prorrumper en las mas bajas y denigrantes injurias contra sus adversarios, el Eclesiastés de Wittemberg como él mismo se llamaba y cuya doctrina segun su sacrílega jactancia, le habia sido dada por el mismo Jesucristo, alterando la Sagrada Escritura, hizo una version del Nuevo Testamento al aleman para persuadir á los pueblos que hasta aquel tiempo no habia tenido la Iglesia católica el verdadero texto del Evangelio; y sin embargo, él mismo despues de pocos años, la varió de tal manera, que los eruditos notaron que habia cambiado mas de treinta lugares en el solo Evangelio de S. Mateo.

¿Y qué diremos de la asombrosa divergencia que se palpa en la interpretacion que hicieran de las Sagradas Escrituras los primeros reformadores? Ellos apelaban al texto original, no querian escuchar á la Iglesia; y sin embargo, merced al disolvente principio del espíritu privado, no podian ponerse acordes en sus interpretaciones. Y así vemos que el verso cuatros del Salmo 109 de un modo lo explica Lutero, de otro Pomerano, de otro Pelicano, de otro Buzero, de otro Zuinglio etc. Las mismas iglesias protestantes se combaten las unas á las otras en sus confesiones de fé, de tal manera, que entre los hijos de la malhadada reforma, nada hay estable, sino que todo es una perpétua mudanza en asunto de tanta importancia para el hombre como es la religion.

¡Funesto principio del espíritu privado que causa siempre las mayores divisiones entre los mismos padres de la reforma que en vez de unirse al menos en un cuerpo de doctrina errónea, cada uno inventa constantemente por su parte mas errores! Ellos en su orgullo tratan de establecer sus doctrinas, pero su mismo principio se los impide, se atacan y se acometen con vehemencia y las sectas se multiplican mas y mas. "Estoy viendo á los nuestros, decia Beza, errar á merced de todo viento de doctrina, y caer despues de haberse elevado mucho, ya hácia un lado, y luego hácia otro. Lo que piensan hoy sobre la religion podreis saberlo; pero lo que pensarán mañana os será imposible afirmarlo. ¿Sobre qué punto de la religion están de acuerdo las iglesias que han declarado la guerra al pontífice romano? Examinadlo todo, desde el principio hasta el fin, y apenas encontrareis una cosa afirmada por uno de ellos que otro no califique luego de impiedad."

¡Terribles divisiones causadas por el pernicioso principio del espíritu privado, tan fecundo en errores y extravíos cual serlo puede el humano entendimiento entregado á sus sueños y delirios! Estas divisiones, esta perpétua contradicción que reinaba entre los mismos padres del protestantismo, era lo que causaba espanto aun á Lutero y lo hacía decir: "Que si el mundo durase todavía algun tiempo, las infinitas y distintas interpretaciones que se habrían hecho de la Escritura, los obligaría para conservar la unidad de la fé, á recibir de nuevo los decretos de los concilios y refugiarse á sus decisiones." Y Calvino las juzgaba, y con razón, sobremanera perjudiciales á la causa de la reforma, y así decía escribiendo á su amigo Melancton. "Es de grande importancia que no trascienda á los siglos venideros sospecha alguna de las discordias que hay entre nosotros: porque es cosa ridícula sobre todo lo que se pueda imaginar que despues de haber rompido y habernos puesto en discordia con todo el mundo, estemos tan poco acordes entre nosotros mismos desde el principio de nuestra reforma."

¡Inútiles esfuerzos! Sí, porque inútil es en verdad luchar contra la naturaleza de las cosas, y el carácter propio de la herejía ha sido y será siempre la mutabilidad, incesante y la perpétua contradicción. "Los herejes, decía Tertuliano, varían y alteran en sus reglas, esto es en sus confesiones de fé; pues cada uno de ellos cree tener el derecho, y privilegio de alterar, mudar y modificar á su antojo y capricho lo que recibió, así como el autor de la secta lo compuso por su propio espíritu, y caprichosa fantasía de suerte, que la herejía conserva siempre su propia naturaleza, que es no cesar de innovar, pues el progreso y adelantamiento de una cosa, es semejante á su origen y principio. Así se ve que lo que fué permitido á Valentino, lo es igualmente á los valentinianos. Los marcionitas tienen la misma osada licencia que Marcion: y los autores de una herejía no tienen mas facultades de innovar que sus secuaces: unos y otros son igualmente atrevidos: con lo cual todo se altera y se muda en las herejías, y cuando se vienen á penetrar estas plenamente en sus consecuencias y electos, se hallan muy diferentes en muchos puntos, de lo que fueron en su origen y principio." Una vez que el espíritu humano ha osado salvar las barreras de la autoridad divina de la Iglesia, una vez que nada vale para él su augusto magisterio, y que su orgullosa razón no quiere someterse á nadie, sino que sacudiendo todo yugo y proclamando la mas amplia independencia, pretende solamente determinar por sí misma sus creencias y deberes, no ha hecho otra cosa sino arrojar al mismo desprovisto de todo auxilio al mar proceloso de errores, de dudas y de incertidumbres en que precisa é indispensablemente fracasará víctima de su misma imprudente temeridad y desmedida soberbia.

(Continuará.)

Presb., Felipe de la Rosa.

## PASTORAL

### SOBRE LAS BIBLIAS SIN NOTAS.

(CONCLUYE.)

Se os dice, amados hermanos é hijos nuestros, que "segun los "historiadores del Concilio de Trento, entre los muchos debates que se tuvieron sobre este punto, se propuso la idea de formar dos cánones: uno para los libros recibidos como *Escritura Santa*, y otro para los arriba mencionados, que como edificantes y antiguos, mas nunca como inspirados, se leían en las Iglesias en los dias de Gerónimo, y por fin se convino en reunir unos y otros supuesto que los literatos conocen la notable diferencia que tienen entre sí." Pero, hermanos míos, cualquiera que lea la Ses. 4. del Santo Concilio Tridentino, advertirá desde luego que no hace diferencia alguna entre unos y otros libros, que todos los recibe como divinamente inspirados. (1) Así que es enteramente falso lo que se os quiere hacer creer, de que el Concilio los reunió todos en un canon supuesto que los literatos conocen la diferencia que tienen entre sí. Bien podrá ser que alguno ó algunos historiadores protestantes hayan escrito conforme á sus ideas la historia de lo que pasó en el Concilio: ni lo afirmamos, ni lo negamos. Lo que refiere el Cardenal Pallavicino en su historia del Tridentino, lib. 6. cap. 11. núm. 4, es que en una de las juntas ó reuniones previas á la Sesión 4.ª, "se propuso por Bertano y Seripando, si convendría dividir en dos clases los sagrados libros: la una, de aquellos que sirven para fomentar la piedad del pueblo, y solamente se reciben por la Iglesia como buenos, cuales parecia eran los *Proverbios* y la *Sabiduria*, todavia no aprobados por la Iglesia como canónicos, aunque habían frecuente mención de ellos Gerónimo, Agustín y otros autores antiguos: la otra, de aquellos en que tambien se apoyan los dogmas de la fé. Mas la tal division, aunque la habia hecho antes algun autor, (2) y en aquella ocasion la promovió Seripando por medio de un libelo eruditísimo.... como en realidad no presentaba una sólida razón, no atrajo con su especiosidad á los Padres. (Uti revera firmam rationem non praeferebat, ita nec sua specie Patres allexit)." Y bien, hermanos míos, ¿qué puede inferirse de este hecho contra aquellos libros sagrados cuya autenticidad niegan los protestantes? En primer lugar, aquella reunion era preparatoria y no Sesión: en segundo lugar, solo dos vocales hacían la propuesta, los demas miembros del Concilio no la admitieron: en tercer lugar, si aquellos dos vocales ponían en duda la autenticidad del libro de la *Sabiduria*, igualmente dudaban de la del libro de los *Proverbios*, y sin embargo, este segundo figura en las Biblias protestantes: en cuarto lugar, (y es lo principalísimo) no hace diferencia alguna el Tridentino entre libros y libros, todos los recibe, y les presta igual veneración: "pari pietatis affectu ac reverentia suscipit et veneratur." excomulga á cualquiera que no los reciba todos como sagrados y canónicos, ó que no los reciba íntegros con todas sus partes

(1) "Ortodoxorum Patrum secuta (Synodus), omnes tam veteris quam novi Testamenti libros, cum utriusque unus Deus sit auctor. . . pari pietatis affectu ac reverentia suscipit et veneratur. Sacrorum vero librorum indicem huic decreto adscribendum censuit; ne cui dubitatio suboriri possit, quinam sint, qui ab ipsa Synodo suscipiuntur. Sunt vero infrascripti." Pone el catálogo de los del antiguo Testamento, y en él se ven juntos con los demas los que rechazan los protestantes: luego siguen los del nuevo Testamento. Y concluida la lista de todos, continua diciendo: "Si quis autem libros ipsos integros cum omnibus suis partibus, prout in Ecclesia catholica legi consueverunt, et in veteri vulgata latina editione habentur, pro sacris et canonicis non susceperit. . . anathema sit."

(2) Este autor es Cayetano, á quien impugna Cano en el lib. 2. de *Locis theolog.* cap. II.